

P. Mauro-Giuseppe Lepori, abad general OCist

Formar la persona en la comunidad

Soledad y comunión

Cada vida humana, la vida de cada criatura personal, capaz de relación, vive tendiendo entre dos grandes dimensiones: la soledad y la comunión. Soledad y comunión son las dos dimensiones en las que evoluciona cada criatura que puede decir “yo” y “tu”; cada criatura que es consciente que ella es un “yo” y que hay otros “yo”, y que estas realidades son distintas y por lo tanto destinadas al encuentro, al diálogo, a la relación, sin que esto pueda desvanecer o suprimir la distinción individual.

El binomio “soledad y comunión” es, en la vida cristiana simplemente y en la vida consagrada en particular, un poco como el pan cotidiano de nuestro camino. En la vida religiosa cenobítica, este binomio es una realidad que, como el camaleón, cambia de color sin ser diferente. Entonces se podrá vivir bajo la forma de “silencio y diálogo”, de “oración y servicio”, de “libertad y obediencia”, de “guarda del corazón y atención a los demás”, etc. Lo que es importante para nosotros es aprender a vivir en este binomio de una manera consciente y responsable, a la búsqueda de un equilibrio y de una armonía que coinciden con la madurez de nuestra vida como personas, por lo tanto, de nuestras vidas como vocación personal que nos viene directamente de Dios-Trinidad que, al crearnos, nos ha querido imágenes de su propio misterio. Así pues, formar la persona individual para vivir en comunidad es lo esencial de toda formación humana y religiosa, de toda formación cristiana.

Ser una persona es una inmensa gracia y una inmensa responsabilidad. Y vivir su estado de persona quiere decir precisamente comprenderse y asumirse como seres únicos, irremplazables, por lo tanto, solos, pero que no llegan a la plenitud más que en la comunión de amor con los demás.

La verdad con la que se asume la tensión entre soledad y comunión define la calidad de toda existencia, y también la calidad de una vida consagrada, la de cada religioso o religiosa en particular, como también la de cada comunidad.

Constatamos por todas partes que en la vida religiosa la soledad y la comunión son tareas que no se dan de por sí, y que no van la una sin la otra. Hay una ascesis de la soledad; hay una ascesis de la comunión; y hay una ascesis de la armonía entre soledad y comunión. Cuando no se vive bien la soledad, tampoco no se vive bien la comunión; y cuando no se vive la comunión, no se soporta la soledad.

El individualismo y la nivelación de masas de la sociedad contemporánea nos recuerdan que vivir nuestra vocación al nivel de una verdadera soledad y de una verdadera comunión es un testimonio vital que podemos ofrecer al mundo, pues el

individualismo y la nivelación de masas destruyen a nuestros contemporáneos, ahogan en ellos la alegría de vivir, la alegría de amar.

Así, cuando, viviendo en una comunidad, siguiendo nuestra Regla, nuestro carisma, trabajamos para purificar y profundizar nuestras capacidades de soledad y de comunión, no realizamos solamente nuestras personas, sino que aportamos a la sociedad un testimonio esencial, indispensable para su salvación.

Ser personas

Entonces, ¿por dónde hay que comenzar?

Creo que lo primero es aprender a conocernos y a reconocernos a nosotros mismos y a los demás como **personas**.

La Biblia, el Evangelio, no nos proponen teorías antropológicas y filosóficas, sino que nos anuncian el misterio de la persona, el misterio del ser humano como criatura sagrada. La definición fundamental del hombre que nos da la revelación judeocristiana es que el hombre es una criatura sagrada. No se puede matar, pues el hombre es sagrado; no se debe codiciar la mujer del otro, pues ella es una criatura sagrada; hay que acoger, cubrir y alimentar al pobre, pues es una criatura sagrada. Yo soy sagrado; el otro es sagrado. Esta conciencia revelada de la persona es la que define el sentido y el valor de la soledad y de la comunión. Soy imagen de Dios y el otro es imagen de Dios. Por este motivo, soy un ser único y el otro es un ser único. Pero esta soledad sagrada de cada persona encuentra en el fondo de sí misma un vínculo profundo e indisoluble con el otro. En una verdadera soledad, consciente del misterio sagrado de nuestro “yo”, el hombre descubre en lo más hondo de su corazón el reflejo del Rostro de Dios, el reflejo de la luz de Dios. La comunión nace cuando la conciencia de esta imagen de Dios en nosotros encuentra la conciencia de la imagen de Dios en el otro. Entonces se comprende que lo que nos distingue e individualiza en profundidad es también lo que nos une profundamente los unos con los otros, en una comunión universal. La unidad entre mi soledad y la soledad del otro está en el Dios que nos crea como personas a su imagen que Él inscribe en nosotros, y esta unidad es la comunión.

Asumir su soledad

El hombre contemporáneo es un hombre solitario. Es suficiente observar los rostros de la gente en la ciudad, en los aeropuertos, en los trenes, el rostro de los jóvenes uniformados por la moda y los falsos modelos de una vida de éxito. El tejido comunitario de nuestra sociedad se rasga por todas partes: en las familias, en los lugares de colaboración para la formación o el trabajo, en los lugares dónde se vive. El otro es un extraño, incluso si no viene de otro País, y se mira precisamente con una desconfianza envidiosa a estos grupos que conservan en medio de nosotros estructuras de vida comunitaria muy fuertes. Se tiene miedo que estén organizándose contra nosotros, que amenacen nuestra cultura, nuestra cultura que

no sabe ya reunirnos, lo que quiere decir que ella se ha convertido en una abstracción, un recuerdo, o quizá un sueño.

San Benito dice que no se puede llegar a ser un ermitaño sin pasar por la vida común (RB 1). Pero también es verdad que yo no paso verdaderamente por la vida común si yo no asumo mi soledad. Si no asumo mi soledad en la relación personal con el Señor, puedo vivir en comunidad pero no vivo la comunión: vivo al lado de los demás, que me caen simpáticos o antipáticos, pero no vivo en comunión con ellos, es decir, unido a los demás en la conciencia del misterio que el corazón de cada uno está habitado por Dios: “La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma” (Hch 4,32).

El Hermano Roger de Taizé escribió en su diario: “Yo me apego a vivir como un hombre que es consciente de su parte ineludible de soledad”. (*Que tu fiesta no tenga fin*, Ed. Herder, Barcelona 1978). No se vive de verdad como miembro vivo de una comunidad religiosa sin esta conciencia de “su parte ineludible de soledad”. Nuestra soledad profunda es un hecho ineludible, inevitable. Rechazar el aceptar esto hace que la vida comunitaria, o a veces extracomunitaria, se convierta en una huida en lugar de ser un apoyo, una edificación, una alegría y una fiesta.

Nuestra soledad se evalúa por nuestra vida de comunión y nuestra vida de comunión se valora por nuestra soledad. Quien no se mantiene en su soledad no llega a soportar la verdadera comunión. Y quien no está abierto a la comunión no puede soportar su verdadera soledad. Si soledad y comunión no circulan la una en la otra en la verdad, inevitablemente uno se refugia o bien en un individualismo habitado por distracciones y compensaciones, o bien en una búsqueda de los demás llena de disipación y de egocentrismo posesivo.

Ante eso hemos de ser sinceros con nosotros mismos y ayudarnos los unos a los otros. Evidentemente, nadie vive la soledad y la comunión perfectamente desde el comienzo de su vida religiosa, y probablemente tampoco al final. Es una obra, es una ascesis sin fin que no finalizará más que en la Meta sin fin e inagotable del Corazón de la Trinidad. El Papa Francisco nos dice en la exhortación apostólica *Evangelii Gaudium* que es más importante y fecundo iniciar procesos en el tiempo que poseer espacios de poder (cf. EG 222-223). Esto es válido sobre todo para el proceso de nuestra conversión a la vida de comunión, para vivir de la caridad de Dios.

Así pues, creo que cada uno de nosotros deberíamos plantearnos siempre estas preguntas: ¿Pido consciente y libremente a la vida religiosa a la que Dios me ha llamado la ayuda para crecer en la soledad y la comunión como dimensiones básicas de mi vida y de mi vocación? ¿Pido esto a los responsables de mi comunidad, a la comunidad misma, a la regla, a la oración? En otras palabras: ¿Pido a mi vida consagrada que me ayude a llegar a ser plenamente “persona”, es decir, una criatura a imagen y semejanza de Dios? ¿Pido a mi vocación religiosa la ayuda y

la gracia de responder plenamente a mi vocación humana, de hombre o de mujer, creados a imagen y semejanza de Dios?

La soledad y la comunión de Cristo

Pero, ¿qué es nuestra vocación si no la llamada a seguir a Cristo que nos ama y nos pide y ofrece compartir su vida y su misión?

La pregunta entonces es la siguiente: ¿cómo quiere vivir Cristo en nosotros la soledad y la comunión? ¿Cuáles son las dimensiones de la soledad y de la comunión que Jesús vive por nosotros y en nosotros para redimir nuestra humanidad, nuestra naturaleza humana personal hecha de soledad para la comunión?

Jesús ha vivido la soledad. Quizá nadie ha estado tan solo en esta tierra como Él. Jesús ha debido sufrir una enorme soledad, pero Él lo ha elegido también. Jesús amaba una cierta soledad. Amaba estar solo (Mt 14,23; Jn 6,15).

Pero su soledad no es nunca solitaria, nunca individualista. Jesús no se siente nunca solo: “Mi juicio es verdadero, porque no estoy yo solo; el Padre, que me ha enviado, está conmigo” (Jn 8,16).

“Y el que me ha enviado está conmigo; no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que le agrada a él” (Jn 8,29).

Y, sobre todo: “Mirad que llega la hora en que os dispersaréis cada uno por vuestro lado y me dejaréis solo. Pero no estoy solo, porque el Padre está conmigo” (Jn 16,32).

Jesús revela a sus discípulos que el sentido cristiano de la soledad es una profunda comunión con el Padre, una profunda comunión que resiste a todas las soledades que la experiencia humana nos hace sentir: soledad de no ser comprendidos, soledad de no ser amados, soledad de la traición de los amigos, soledad de la hostilidad abierta, soledad de la agonía, soledad de la muerte...

Para educarles en este sentido de la soledad y de la comunión, Jesús llama a sus amigos a retirarse con Él a un lugar apartado. Allí pueden mirar lo que es la soledad de Jesús, esta soledad que Él busca tan a menudo alejándose de la multitud y también de sus discípulos. La cumbre de esta educación es ofrecida a Pedro, Santiago y Juan en el monte de la Transfiguración y en Getsemaní. En estas dos experiencias los tres apóstoles ven y comprenden lo que es esta soledad de su Maestro: una soledad llena de relación con el Padre, por tanto, una soledad que es ya comunión. Soledad trinitaria de la Comunión de las Tres Personas. Dios es en su mismo ser un misterio personal de soledad infinita y de comunión infinita.

Hay un título de Jesús que expresa la síntesis de este misterio de soledad y de comunión en Él, un título que, si no me equivoco, se encuentra solamente en san Juan: el título de “Hijo único” (Jn 1,14.18; 3,16.18; 1 Jn 4,9).

Jesús es el “Hijo único” del Padre. En este título, soledad y comunión coinciden. “Hijo” es un título de comunión; “único” es un título de soledad.

Jesucristo es único como Hijo del Padre: en Él coinciden soledad absoluta y comunión absoluta. Y se puede decir que el Espíritu Santo representa en persona esta coincidencia en Dios de la soledad con la comunión, de unicidad y de trinidad. Incluso cuando actúa en el mundo, el Espíritu es a la vez el que conduce al desierto en la soledad, y el que anima la comunión en el amor de caridad.

Pero a propósito del título “Hijo único”: en el misterio de la Salvación, es como si una especie de desgarrón se produjese en el seno mismo de la Trinidad, o, más bien, en el Hijo de Dios. En efecto, leemos en el capítulo 3 de san Juan: “Dios amó tanto al mundo que le dio a su único Hijo, de modo que no se pierda ninguno de los que creen en Él, sino que tengan vida eterna” (3,16).

Por la encarnación salvífica del Hijo único de Dios, por este don que llega hasta la muerte en Cruz, es como si la unicidad del Hijo único se desgarrase para nosotros, se desgarrase para ampliar a los hombres la comunión única del Hijo con el Padre en el Espíritu. La soledad del Hijo único se dilata hasta el desgarramiento del Corazón traspasado para que todos los seres humanos puedan tener la vida eterna, es decir, participar en la unicidad del Hijo de Dios.

El Hijo único de Dios, el Hijo único engendrado por Dios, el *mono-gen*, se convierte en el primer nacido, *proto-gen*. Como escribió san Pablo a los Romanos, Jesús se convierte en “el primer nacido de entre una multitud de hermanos” (8,29). La unicidad filial de Jesucristo se dilata a las dimensiones de la Iglesia universal.

Esta dinámica de dilatación de la soledad para Dios en comunión universal en Él se convierte de este modo en la vía de la dilatación de nuestro corazón y de nuestra vida en el seguimiento de Cristo. Estamos llamados a entrar en la soledad de Cristo para permitirle dilatarla en nosotros como ella se ha dilatado en Él. Este es también el sentido que conlleva el celibato en la vida consagrada.

Esta dilatación de la soledad en la comunión no carece de un cierto sufrimiento, o más bien un cierto sacrificio. Es la parábola pascual del grano de trigo: “Si el grano de trigo no cae a tierra y muere, queda solo; pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12,24), el fruto de la comunión, el fruto de la fraternidad.

Formar la persona en la comunidad

¿Cómo andamos en esta dinámica, en este camino de soledad crística que se dilata en la comunión?

Creo que no se trata de vivir otras cosas que lo que se nos propone para nuestra vida consagrada. Nuestra vida religiosa está hecha para esto, quiere realizar esto. Pero es importante ser conscientes de ello, pues de otra manera corremos el riesgo de pasar de largo en nuestro camino, de largo de oportunidades de conversión y de crecimiento que se nos ofrecen cada día, durante toda la vida, por el carisma de nuestra vocación.

Nuestra vocación religiosa es la vocación del grano de trigo que cae en tierra buena. La tierra se nos ha dado, el agua se vierte en abundancia, el sol está allí para calentarnos y hacernos germinar. Sería verdaderamente una pena fallar en el milagro de la conversión de nuestra soledad en comunión fecunda, simplemente porque uno se equivoca de proyecto, porque se querría vivir otra cosa, porque se sueña con una fecundidad sin pasar por la muerte, o porque uno cree ya ser fecundo por sí solo.

Me gustaría tan solo dar un repaso a ciertos aspectos cotidianos de nuestra vida consagrada cristiana, común a todos los carismas, a la luz de lo que acabo de decir. No quiero ser exhaustivo y completo, sino sencillamente ofrecer algunos elementos de reflexión sobre la experiencia diaria de cada uno de nosotros.

1. Soledad y silencio

Constatamos que con frecuencia nos cuesta asumir la soledad y el silencio que conlleva nuestra vida religiosa. A veces, estamos tentados de desviarlo, buscando contactos, el acceso a los medios de comunicación y de información, etc. En resumen: nos vemos tentados de huir del silencio y de la soledad.

Ahora bien, Jesús, al contrario, buscaba el silencio y la soledad, Jesús amaba retirarse. Él no pensaba en el silencio y en la soledad: pensaba en el encuentro con el Padre. Para Él, la soledad era una cita y el silencio un profundo diálogo de amor.

Si no abordamos nuestros espacios educativos de soledad y de silencio en la misma óptica, no podremos nunca deseárselos, amarlos y, por lo tanto, vivirlos.

Creo que en esto todos y todas somos hijos de nuestros tiempos. No se buscan el silencio y la soledad más que para huir del fastidio de los demás, no se buscan como espacios de encuentro con Dios.

Aquí hay un punto esencial del testimonio específico de nuestra vocación, allí donde el grano de trigo comienza su proceso de pasar de la soledad a la comunión. La soledad se dilata en comunión solamente si en ella encontramos al Padre que nos da la vida, al Padre de toda fecundidad. La comunión no se obtiene rompiendo el grano de trigo en mil moléculas, sino por el hundimiento del grano en el inmenso seno paternal y maternal de la tierra. La soledad con el Padre es la fuente de toda fecundidad, la fuente interior, la que hace que la fecundidad de la comunión de nuestra vida no sea algo que hacemos con nuestras manos y nuestros esfuerzos, sino un acontecimiento de gracia del que somos instrumentos vivos y libres. Sin este silencio que encuentra al Padre en la soledad, podemos crear asociaciones, asambleas de gente, pero no una comunión de personas, de hermanos y hermanas, no la Iglesia.

2. Trabajo y servicio

De aquí viene toda la concepción cristiana del trabajo, del servicio, de los empleos, de los cargos. Se puede trabajar como un grano de trigo que se rompe en mil

fragmentos estériles, o como el grano de trigo que se da por una fecundidad de comunión.

Pensemos en el reproche que Marta hace a Jesús: “Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola con el servicio?” (Lc 10,40)

“Sola”: sí, Marta está sola, pero precisamente de una soledad solitaria, sin unión con Dios. Marta se desmenuza: cada plato que coloca sobre la mesa, cada vuelta de cucharón en la cazuela, cada paso que da para ir del fuego a la mesa, cada gota de sudor que cae de su frente, se convierte como en un trozo de ella misma que se separa de ella. Cada gesto la divide, la disipa, la desmenuza. ¿Por qué? Porque su soledad no está habitada, no es orante, no es un germinar de comunión con Dios, y a través de Él con los demás.

Está sola, no porque su hermana no la ayuda, sino porque ella no está con Dios. Ni tampoco está con Jesús, al que ella quisiera servir y honrar. Mientras que si su soledad hubiera estado habitada por el amor de la presencia de Dios, cada gesto sería un gesto de amor, una semilla de comunión que convertiría su vida en felicidad y fecundidad.

3. El papel de la autoridad

¿Qué papel juega el servicio de la autoridad en una comunidad con relación al binomio “soledad y comunión”?

Creo que el papel de la autoridad es indispensable para que cada hermano o hermana encuentre el equilibrio y la armonía entre soledad y comunión. En cierto sentido, el o la responsable está ahí para ayudar a cada hermano o hermana a encontrar su camino de unión entre soledad y comunión que la dilate. Lo remarco bastante claramente en las comunidades que visito: los que consiguen verificar su camino en un diálogo transparente y fiel con sus superiores son mucho menos individualistas que los que no lo hacen. No es con buena voluntad o sueños de santidad con lo que se vence al individualismo, que impide la dilatación de nuestra soledad en comunión, sino a través de esta humildad consciente que se deja acompañar en la verificación de la relación que se tiene con la comunidad.

La escucha y la mirada del responsable está ahí para ayudar a cada hermano a mirarse en su relación con la comunidad. Si un hermano busca y acoge esta confrontación con esta mirada, incluso si es el mayor individualista y egoísta del mundo, hará un camino hacia la comunión, hará un camino de dilatación del corazón que hará fecunda su vida. Por el contrario, un hermano altruista, generoso, devoto, espiritual, e incluso obediente, pero que no busca y no acepta esta verificación de su relación con la comunidad, no llegará a ser un hombre de comunión y su vida, por muy generosa que sea, quedará profundamente estéril.

Es mucho mejor ser un grano de trigo pequeño, feo y sucio, pero que se deja sembrar en la tierra, que ser un magnífico grano de trigo reluciente, gordo y perfecto, pero que se mantiene lejos de la tierra.

El servicio de la autoridad, a pesar de todos los límites de los que lo ejercen, es en la Iglesia una ayuda objetiva para que cada uno encuentre la vía concreta de su descendimiento al humus que transforma su soledad en comunión. En el fondo, los superiores son sembradores de los hermanos y hermanas en el campo fértil del Reino.

4. Oración común

Hay un espacio donde la tensión y el paso de la soledad a la comunión son constantemente ejercitados, cultivados, recomenzados: nuestra oración común.

Orar juntos, cantar juntos el Oficio divino, celebrar juntos la Eucaristía, es siempre momento y tiempo donde la soledad de cada uno camina con Cristo hacia una comunión universal. En la oración común la soledad personal ante Dios no es cancelada. La oración comunitaria dilata la oración personal sin suprimirla. Cuando cantamos el Oficio, no quiere decir que la oración común forme como una nube indefinida que sube hacia Dios. Cada orante permanece personalmente ante el Señor. Pero la oración echa en conjunto, la oración de los demás y su presencia recuerdan a cada uno que Dios quiere ver subir de cada individuo una oración de comunión, es decir, una oración que se dilata en el corazón de los demás.

Los otros que rezan junto con nosotros son una ayuda, un apoyo, un ánimo, pero con frecuencia también una prueba. A menudo los demás molestan nuestra oración. La tentación es la de pensar: “¡Rezaría mucho mejor si estuviese solo!”. Por lo tanto, es justamente ahí donde percibimos a los demás como un fastidio para nuestra oración donde comprendemos de qué manera nuestra oración no ha salido aún de su cáscara. Así, comprendemos que muy fácilmente, nuestra oración en soledad está también encerrada en sí misma y no puede todavía dilatarse a las dimensiones de la comunión universal con todos los hombres y con Dios, el Padre de todos.

Sí, también ahí se confirma la ley del grano de trigo. Con frecuencia tenemos necesidad de que la comunidad nos ayude a caer en la tierra, otras veces, como una espiga, tenemos junto con los otros la experiencia pascual de la resurrección fraterna, fecunda y alegre.

¡Todo es gracia, la gracia de pasar, a través de la misericordia de Dios y de nuestros hermanos y hermanas, de una vida sola a una vida de soledad, y de una vida de soledad a una vida de comunión con todos en Dios, la vida de Cristo en nosotros, la vida de Cristo en el mundo para salvarlo!